
Ernesto de la Torre Villar

Defensa y Elogio de la Cultura Mexicana

Breves apuntamientos



Visión inicial

En la historia cultural novohispana, se distinguen por su importancia y finalidades específicas dos grandes instituciones: el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco y la Real y Pontificia Universidad. Ambas forman parte del mismo proyecto cultural que se pretendió dar a la Nueva España, aun cuando se distinguiera claramente su función. El Colegio de Santa Cruz, fundado en 1536, se avoca a la formación de la sociedad indígena, a su incorporación a la cultura europea, utilizando los elementos aprovechables que esa sociedad tenía, que fueron bien identificados por sus dirigentes. La Universidad, creada en 1551-1553, estuvo encargada de la difusión de la alta cultura, de la formación intelectual de la comunidad criolla, de la preparación de sus cuadros dirigentes.

En ambas instituciones se advierte el influjo de importantes funcionarios, pilares de la administración civil y religiosa, portadores de la idea de que la que formaban era una sociedad cristiana mixta sobre la cual había que construir una nación. Tanto el obispo fray Juan de Zumárraga como el virrey Antonio de Mendoza aspiraban a la formación de una sociedad que debía identificarse en la cultura, en sus aspiraciones y destino. Comprendieron con entera claridad que la comunidad india era diferente en cultura, mentalidad y costumbres, de la española, que ellos representaban, pero que a base de la enseñanza, de la transmisión de la cultura europea, podría identificarse con ésta. En el espíritu de los fundadores de esas instituciones no existió sentimiento discriminatorio alguno, ni

sentido de superioridad. Aceptaron la naturaleza humana de los indios, su capacidad racional intelectual y espiritual y, si rechazaron sus ideas y costumbres religiosas, pensaron que una auténtica conversión al cristianismo y sus normas igualaría a esta comunidad con la europea. Uno de los egregios de la obra cultural, Julián Garcés, afirmaría que era mayor la inteligencia de los indios que la de los españoles, que aquéllos tenían mayor disposición para el estudio y mayor rapidez en el aprendizaje. Gante, a quien se confió su educación, diría por su parte que sus calidades intelectuales eran comparables a las de los europeos, que sólo su mundo religioso era diferente.

Bajo estos principios se creó y desarrolló el Colegio de Tlatelolco, el cual bien pronto sería objeto de la suspicacia y mala fe de encomenderos, autoridades y todos aquellos que no admiten superioridad ninguna en los vencidos, en el pueblo puesto bajo su dominación, en los hombres de otra procedencia o nivel social diferente. No entendieron que la clase noble que se formaba en ese plantel poseía rica tradición de cultura, enormes disposiciones para la labor intelectual y espiritual. En la metrópoli, el rey y el Consejo no tuvieron tampoco esa visión. Aceptaron que la sociedad española debía regir y dominar en todo a la indígena, la cual debería estar subordinada. No era aceptable dar a los indígenas la opción dirigente, la posibilidad de ser iguales a la comunidad europea.

El proyecto de establecer repúblicas de indios, con el propósito de que fueran regidas por sus propios líderes y bajo la aplicación de sus propias normas, todo esto en tanto se lograba una integración social total, se esfumó, y quedó implantado en

adelante el gobierno español por arriba de los indios, quienes, pese a todo, conservaron subyacentes multitud de formas y costumbres prehispánicas, muchas de las cuales aún subsisten.

A finales del siglo XVI el gran proyecto cultural ideado para la sociedad indígena se diluyó. Eclesiásticos como Pedro Moya de Contreras, quien no tuvo la inteligencia necesaria ni la sensibilidad para comprender a la sociedad indiana, ni siquiera a los propios criollos, y de otros más, fueron fieles instrumentos de la política cerrada de Felipe II y sus consejeros y coautores de la extinción de ese gran proyecto cultural.

Con la desaparición de ese vasto proyecto, aun pequeñas instituciones consagradas a la formación de la sociedad indiana sucumbieron, o llevaron una vida lánguida, con sus finalidades desviadas a otros horizontes. El Colegio de San José, grandiosa obra inicial de formación íntegra de los naturales desapareció, y el Colegio de San Juan de Letrán, extinguido en el siglo XIX, continuó su labor, un tanto alejada de sus finalidades iniciales. Las instituciones que sucedieron a éstas, tendrían ya el cariz que les dio la clase dominante.

La Real y Pontificia Universidad sí prosiguió su labor. Sus promotores, arzobispo, virrey y cabildo civil, que representaban los grupos de poder, fundieron sus anhelos con el espíritu humanista de sus catedráticos y convirtieron a esa institución en la formadora de la mentalidad de la sociedad novohispana. Creada paralelamente, aunque con posterioridad a Tlatelolco, dejó a ésta libre en su campo de acción y se consagró al que tenía asignado. No se dio una conexión entre ambas, que era lo deseable, debido a los cambios operados en la política cultural novohispana.

La Universidad creció en plenitud, pues la animaba una gran idea que lo mismo se encontraba en fray Alonso de la Veracruz, en Francisco Cervantes de Salazar, en Blas de Bustamante o en Pedro Morones. Sirvió para la formación de los dirigentes civiles y eclesiásticos, e imprimió en la sociedad novohispana de criollos y mestizos incorporados social y económicamente a los primeros, normas esenciales de convivencia. Al abrir poco a poco diversas cátedras como Medicina en 1579 y otras de carácter científico, contribuyó a la formación de un grupo selecto de hombres de cultura. La filosofía enseñada por fray Alonso, posibilitó el conocimiento de Aristóteles; las cátedras de Santo Tomás superaron las explicaciones dadas a través del Maestro de las Sentencias y los cursos de ambos derechos transmitieron el conocimiento del derecho romano justiniano, de sus glosadores y de la legislación española. Los cursos de "Justitia et Jure" revitalizaron el cultivo de los textos clásicos. Las nuevas ideas que exponían los teólogos juristas de Salamanca: Soto, Victoria, Cano y las ideas de los teólogos preocupados por la actividad económica que transformaba al mundo, como Azpilcueta y Tomás Mercado, enriquecieron nuestro pensamiento. Los cursos de artes y retórica sensibilizaron a los criollos para gozar la belleza de las obras de Ovidio, Virgilio y Horacio, fundamentalmente para impregnarse del transfondo ideológico que contienen. También la prosa de los humanistas renacentistas: Vives, Erasmo, Moro, pero principalmente su pensamiento actuó en profundidad. No olvidemos cómo Cervantes de Salazar fue un seguidor del valenciano Vives. La lírica de los Luises, el de León, el

de Granada y San Juan de la Cruz estimuló la lírica novohispana como también lo harían la novela y el teatro. Al crear en 1580 los cursos de lenguas indígenas, la Universidad llenó un vacío que comenzaba a sentirse con la decadencia del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. El estudio de las lenguas indígenas era la forma más perfecta de penetrar en la cultura de los indios, conocer su historia, su forma de ser. Si ya no surgió otro Olmos u otro Sahagún que prosiguiera su gigantesco proyecto, frustrado también por la política cultural española, y hubo que contentarse con los trabajos parciales de los cronistas religiosos, por lo menos no se olvidaba de preparar personal dedicado a trabajar con la sociedad indiana. El material referente a esas culturas se conservaría en parte. Varias décadas más tarde lo emplearía el catedrático universitario Carlos de Sigüenza y Góngora, salvándolo fragmentariamente.

La Universidad a través de sus maestros de filosofía, teología y derecho, difundía el pensamiento universal. No formaba sólo a eclesiásticos, pues éstos ya formados tenían que ingresar a ella a perfeccionarse y poder ser así doctores y aspirar a puestos de importancia en la administración religiosa, sino que formaba juristas que velarían por la implantación de un estado de derecho, por organizar las relaciones entre la sociedad y el Estado, y las de toda la sociedad, impartiendo recta y expedita justicia. Las secretarías virreinales, las audiencias, los tribunales todos requerían juristas bien formados. Nuestro régimen judicial apenas se ha comenzado a estudiar y la jurisprudencia formada es casi desconocida, al igual que la bibliografía jurídica. Pese a esas deficiencias, es indudable que el cultivo del

Missale romanum ordinarium.



Missale Romanum nuper adoptatum comodū

quozūcūq; sacerdotū summa diligentia dīn-
ctū: atq; ita ex nouo ordine digestū vt appo-
sitq; introitib; gradualib; offertorijsq; cō-
munionibus oēs missę sint in suis locis
integre. In quo etiā adiunctę sunt
multę missę uog; et alia plurima
supaddita, q̄ in missalib; hac
sen; ipsais dīderabatur.

AN 1561

derecho y su aplicación en la Nueva España se desarrolló profundamente. Los numerosos alegatos y procuraciones de derecho público y privado elaborados desde el siglo XVI, muestran la solidez de las argumentaciones fundadas en rigurosa preparación jurídica.

Uno de los testimonios reveladores del hondo cultivo del derecho en México, es sin duda la preciosa *Laudanza de la Jurisprudencia* pronunciada el año de 1596 por Juan Bautista Balli, criollo nacido en México en 1572 y la cual revela la amplitud de conocimientos que los mexicanos tenían de esa disciplina, su penetrante reflexión y hondo sentido jurídico. Esa alabanza de este jurista novohispano es pieza clave comparable con disertaciones de los maestros de Salamanca y de Alcalá de Henares.

Hay que aceptar que el gran trasfondo jurídico de la dramaturgia de Ruiz de Alarcón, lo obtuvo de los cursos que realizó en nuestra Universidad. Aquí ocupó diversos puestos, poco relevantes en la judicatura, pero de su experiencia vital deriva el hondo análisis moral y psicológico que anida en sus obras. Aquí también debió nacer su amor a las letras, que crecería con su estancia en Salamanca y Sevilla. La defensa de los derechos de la sociedad novohispana posibilita la aparición de una tendencia nacionalista, la cual encontrará en las centurias posteriores destacados representantes, como es el caso de Francisco Xavier Gamboa.

La acción formativa de la Universidad en la sociedad novohispana aún no ha sido estudiada, pero es indudable que ella contribuyó en forma preponderante a crear la inteligencia novohispana, la rica cultura humanística y científica que debe enorgullecernos. Esa labor la reconocerían dos de las más renombradas figuras intelectuales de México. El primero, don Juan José de Eguiara y Eguren, que fue su rector en la primera mitad del siglo XVIII y catedrático en ella de filosofía y teología, la califica de *Alma Parens*, y la ensalza en su espléndida *Bibliotheca Mexicana*. Medio siglo más tarde, al reflexionar Francisco Xavier Clavijero desde Europa sobre la cultura, dedica su *Historia Antigua de México* a la Universidad y la llama "el cuerpo literario más respetable de ese nuevo mundo".

Estos reconocimientos hechos a más de doscientos años de su creación, son balance fiel y justo de la labor intelectual y espiritual de la Universidad, la cual durante más de doscientos años no sólo formó los cuadros de la administración civil y eclesiástica de la Nueva España, sino que moldeó la mentalidad mexicana dentro de los marcos de la cultura europea más avanzada y con una sensibilidad nacionalista equilibrada y profunda.

Esta fue labor callada y continua, firme y permanente. No se circunscribió al centro de México sino que abarcó toda la Nueva España y más aún ejerció benéfica influencia cultural en las Antillas y el mundo del Caribe. Esta influencia, como la económica y política, la perdimos al advenir el movimiento emancipador y la anarquía que envolvió nuestra vida en el siglo XIX.

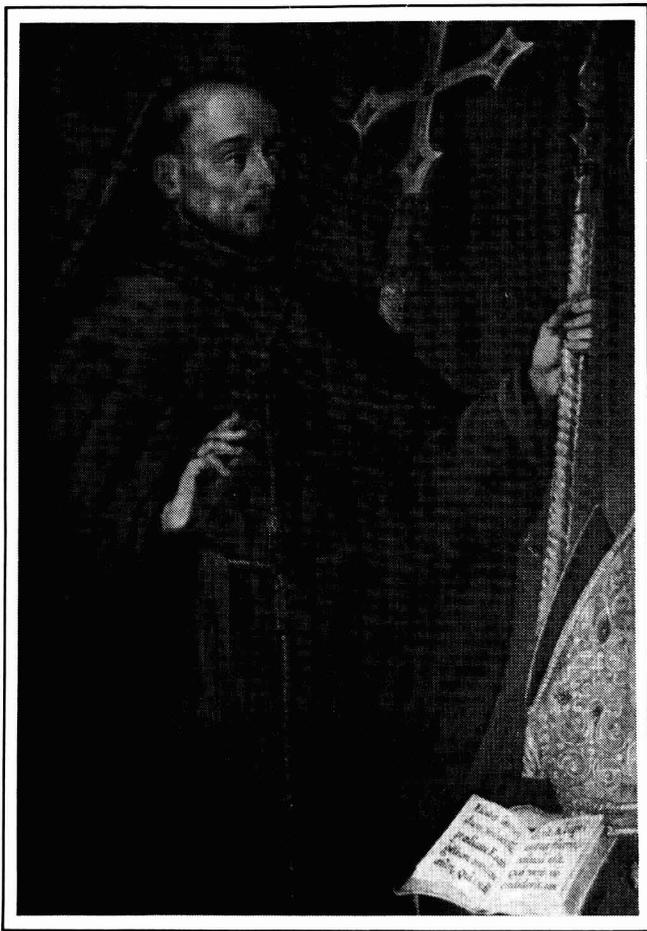
Figuras sobresalientes se observan en el desarrollo cultural del país pero en el siglo XVII son figuras aisladas, grupos y, aun cuando son sobresalientes como es el caso de Ruiz de Alarcón, de Sigüenza y Góngora y de Sor Juana, no logran catalizar

núcleos intelectuales numerosos. Tendrá que correr el tiempo para que la labor de la Universidad se perciba como también se advertirá la que realizan los colegios de la Compañía de Jesús, los cuales permanentemente contribuirán a la formación de la sociedad novohispana y de su cultura. Como estos colegios están distribuidos en todo el virreinato, su acción tendrá más amplitud.

De esta suerte, al transcurrir los años y crecer la sociedad, crecerá la comunidad intelectual, la cual estará más unida debido a los contactos que se establecen entre maestros y alumnos, entre los colegiales de la Ciudad de México y los de otras poblaciones, a la fuerza que adquieren los criollos en las instituciones enseñantes y en los claustros, en los que llegan a dominar casi por completo, y a su favorable posición social y económica. La clase culta, la "inteligencia" novohispana se vincula estrechamente por múltiples razones. A ella se asimilan algunos peninsulares que por razones sentimentales, familiares y aun económicas se adscriben a la tierra. Eclesiásticos, funcionarios civiles y militares son ganados por el espíritu y el intelecto novohispanos. Advierten la existencia de un valioso conglomerado de instituciones tan sólidas como las europeas, en las que ciencias y humanidades se cultivan esmeradamente. Varios de ellos laborarán al lado de los criollos en la administración civil, en la judicial y religiosa, percibiendo las condiciones intelectuales y espirituales de sus colegas, la calidad de su producción, de su inteligencia y conducta. Se identificarán con su nueva patria y la verán, como apunta el padre Juan Antonio de Oviedo apoyado en Hierocles y en Estrobeo, "como un segundo Dios, y el padre mayor y primero, por cuyo buen nombre deben esmeradamente velar sus hijos ... y la corona que por sus egregias hazañas han merecido, deben ceder y reclamar, no para sí, mas para su patria". Y ese sentimiento, apoyado también en los hermosos ejemplos que propone el autor de la *Eneida*, es el que lleva a todo un grupo a aceptar que la raza mestiza "sobrepujará en piedad y en saber a los hombres y aun a los mismos dioses".

Esta concepción plena del valor y autenticidad de la cultura mexicana, esta identidad que la intelectualidad mexicana reclama de su cultura con sus orígenes, es la que hace suya un amplio grupo, el de los intelectuales criollos, cuando se produce un nuevo ataque a la cultura americana, al valor de la obra intelectual de los americanos, cuando un hombre de letras desconocedor de los valores intelectuales de nuestra patria, de la existencia de sus instituciones culturales y de su producción literaria, la tacha de tierra inculta y bárbara en la que no brota flor ni fruto de la razón.

América, como bien lo ha mostrado Antonello Gerbi, había sido desde su descubrimiento ignorada o subestimada en su aspecto intelectual. Muchos fueron los malquerientes que la denigraron o ignoraron. Cuando se trató de calumniadores de poca monta como Cristóbal Suárez de Figueroa, sus gruesas diatribas no produjeron eco alguno, mas no todos los que ignoraban o despreciaban su cultura eran de escaso calibre. Uno de los publicistas más notables del siglo XVII. Justo Lipsio, quien se constituyó en el oráculo del mundo intelectual de su época, al ignorar la cultura americana provocó elevada aclaración de un criollo excepcional, el peruano Diego de León Pi-



Fray Juan de Zumárraga

nelo, quien en su *Hypomnema Apologeticum* advirtió a Lipsio el error de ignorar o desdenar la cultura americana. Esta obra, brillante apología del mundo intelectual de América, de sus hombres e instituciones, si bien es un libro clave en el mundo del pensamiento del Nuevo Mundo, no tuvo gran resonancia. La falla del Lipsio fue desconocer, por falta de información, hombres e instituciones consagrados al cultivo del espíritu.

En el mismo siglo, uno de los gigantes de la erudición española el famoso bibliógrafo Nicolás Antonio, al elaborar sus grandiosas *Bibliothecas Hispana Nova y Vetus*, incorpora en aquéllas como ejemplos de labor intelectual en el mundo hispánico a varios americanos, cuyas obras cita. Estaba por tanto consciente que en las colonias españolas existían hombres de letras muy estimables. Sin embargo este europeo, embebido en el mundo intelectual del Viejo Mundo, conocedor extraordinario de la literatura universal, en cartas que dirige a un amigo suyo, Juan Lucas Cortés, trata de disuadirle de pasar a América, indicándole que era esta tierra erial para el espíritu, sin instituciones ni cultores de la inteligencia.

Continuador de la obra de Nicolás Antonio fue el dean de Alicante Manuel Martí, notable humanista, autor de numerosas obras muy del gusto de los eruditos de la primera mitad del siglo XVIII. Escritor de pluma fácil y elegante, era Martí de esos hombres que creen que su pensamiento y letras pueden regir al mundo. El eco de su producción resonaba (como hoy el de otros escritores) en el ambiente culto de Hispanoamérica. Sus cartas latinas engolosinaban a los literatos americanos

y sus reflexiones eran atendidas como lo eran las del padre Feijoo, sólo que éste defendía el mundo americano.

Manuel Martí, aprovechando sin citarlo el pensamiento de Nicolás Antonio, en la carta 16 del libro 7 de su *Epistolario* impreso por Juan de Estuñiga en Madrid en 1735 y el cual pronto llegaría a las colonias ultramarinas, al referirse a Nueva España, a donde debía dirigirse un amigo suyo, le escribe disuadiéndolo de venir:

Vamos a cuentas, ¿a dónde volverás los ojos en medio de tan horrenda soledad como la que en punto a letras reina entre los indios? ¿Encontrarás por ventura no diré maestros que te instruyan pero ni siquiera estudiantes? ¿Te será dado tratar con alguien no ya que sepa alguna cosa, sino que se muestre deseoso de saberla, o –para expresarme con mayor claridad– que no mire con aversión el cultivo de las letras? ¿Qué libros consultarás? ¿Qué bibliotecas tendrás posibilidad de frecuentar? Buscar allá cosas tales, tanto valdría como querer trasquililar un asno u ordeñar un macho cabrío. ¡Ea por Dios! Déjate de esas simplezas y encamina tus pasos hacia donde te sea factible cultivar tu espíritu, labrarte un honesto medio de vida y alcanzar nuevos galardones. Mas por acaso objetarás: ¿Dónde hallar todo eso? En Roma, te respondo.

Martí, luego de dar a su amigo, el joven Carrillo, como Nicolás Antonio lo hacía con don Juan Lucas Cortés, varios consejos para que fuese provechosa su estancia en la ciudad eterna, prosigue su disuasión para que Carrillo no pasase a Indias, escogitando diversos argumentos en contra del ambiente natural, espiritual e intelectual del mundo americano.

Este ataque tan directo, conmociona la mente y el espíritu de los criollos, quienes van a responder indignados a esas diatribas. No fue un individuo aislado el que reaccionó ante la ofensa, sino varios. Un grupo de criollos pertenecientes a las instituciones culturales más importantes de América salió a la defensa de su cultura, de su identidad nacional que veían afectada. Por ello varias voces surgidas en México, en Puebla, en Quito, protestaron airadamente. Hemos empezado a recoger sus enérgicas voces, agrupándolas al lado de la más lúcida y eficaz, la que no sólo replicó con firme tino sino la que a través de un esfuerzo de lucidez gigantesca destruyó la calumnia de Martí y mostró a todo el mundo, incluso a los propios americanos, la amplitud y valor de la cultura mexicana y con ella de la americana toda.

Esa voz fue la del maestro de la Universidad y también rector de ella Juan José de Eguiara y Eguren. Para entonces Eguiara era uno de los intelectuales más distinguidos de México. Cerca de treinta años de labor magisterial en la Universidad, enseñando filosofía y teología; más de treinta años como orador sagrado orientando a la sociedad novohispana desde el púlpito, “hombre de continuo estudio, conocedor de las obras más salientes de las ciencias, artes y humanidades aparecidas en Europa”, ser colmado de virtudes, recto e incansable, el señor Eguiara era cabeza de la intelectualidad novohispana. Su acción magisterial le sirvió para ejercer fecunda influencia entre cientos de discípulos esparcidos por todo el reino novo-

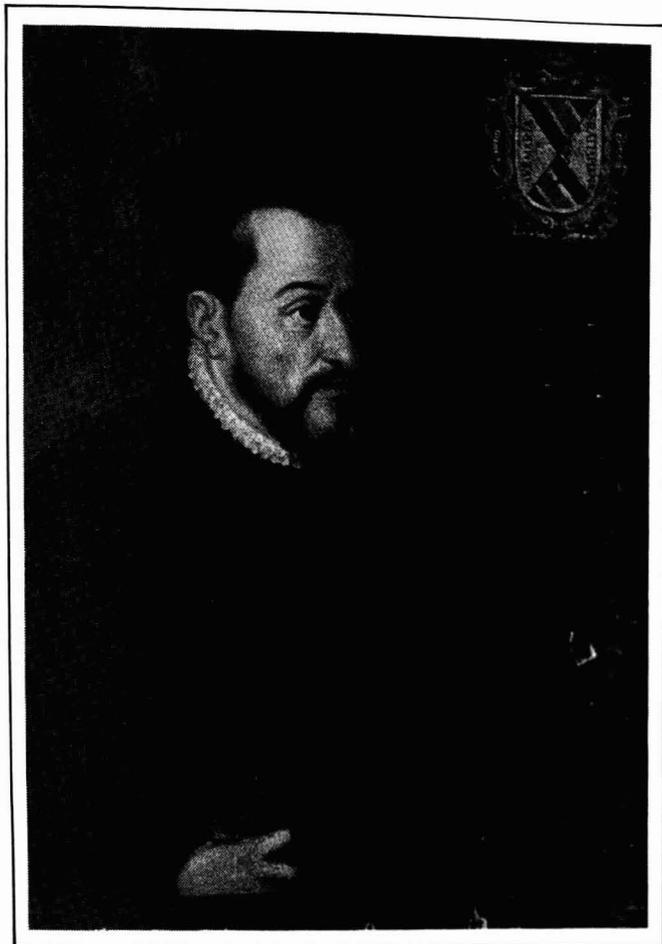
hispano. Su afán por elevar el nivel intelectual del clero y sus cualidades morales, mostrado en la creación y dirección de la Academia Neriana, que tanto influjo ejerció en ese aspecto, tuvo enorme repercusión. La respetuosa amistad que le profesaban sus colegas de la Universidad y la admiración que hacia él sentían los más prominentes miembros de la Compañía de Jesús, de los dominicos y de la Congregación del Oratorio, por entonces las instituciones de mayor reputación intelectual y religiosa, hizo que el señor Eguiara se convirtiera en el paladín de la inteligencia criolla novohispana, en su vocero, y fuera él quien respondiera a las engañosas imputaciones del dean de Alicante, el que presentara en magna obra la réplica más efectiva.

La explicación de cómo aceptó ser el replicante de Martí, la proporciona el mismo Eguiara, quien también nos confirma que aceptó impulsado por la opinión de toda una generación, por el consenso de un grupo social relevante, de amplio sector de la inteligencia al que pertenecía.

Así escribe que: "habiendo consultado con amigos sobresalientes a la par por su inteligencia e ilustración, fue decidido que debíamos lanzarnos a la empresa, consagrarle todos nuestros esfuerzos, y puesta en Dios la confianza, dar cima a la obra meditada —una Biblioteca Mexicana— y publicarla, con el fin de aniquilar, detener, aplastar y convertir en aire y humo la calumnia levantada a nuestra nación por el dean.

Este apoyo unánime fue el que permitió a Eguiara realizar su obra, pues le permitió obtener preciosa y abundante información acerca de la labor realizada por cientos de hombres en dos centurias en toda la extensión de Nueva España. A ella también se deberá se le abrieran archivos y librerías y que los eruditos elaborasen para él nóminas y juicios críticos que enriquecerán su Biblioteca. Para defender la identidad nacional expresada en la cultura, Eguiara reflexiona hondamente, y advierte que ella se forma por la confluencia de las culturas indígenas y la europea, a través de incesante labor intelectual y espiritual.

La réplica de los criollos novohispanos y de otros americanos y a la que Eguiara dio forma y sentido, no estuvo dirigida únicamente contra Manuel Martí, por muy destacado e influyente humanista que fuera, sino que fue la respuesta unánime contra la ignorancia, mala fe, sentimiento de superioridad y discriminación que muchos intelectuales europeos tenían contra el Nuevo Mundo. Las afirmaciones de Martí fueron la gota que derramó la copa ácida de infundada crítica que corroía el esfuerzo de muchos americanos realizado a través de varias centurias y aniquilaba el espíritu creador de una conciencia espiritual, cultural y política. Era en suma la negación del valor espiritual e intelectual que América tenía, la posibilidad creativa de sus habitantes, la esperanza de elaboración de una cultura original propia, fincada en potentes raíces y que definiría a una nación o un grupo de naciones. Si se atacaba la posibilidad de una cultura recia, definida, se atacaba igualmente la existencia de una nación capaz de progresar, de regirse por sí misma, y se admitía la idea de que el Mundo Nuevo estaba constituido por seres ignorantes e incapaces, y por tanto sujetos a la dominación política con todas sus peores consecuencias.



Antonio de Mendoza

Impugnación a la calumnia

La defensa de la cultura mexicana, que es también elogio de la misma, cristaliza en la obra magna que es la *Bibliotheca Mexicana*.

Su contenido, método y finalidades ya los hemos señalado en el estudio preliminar que para ella escribimos. En esta ocasión, trato de mostrar cómo Eguiara no estuvo solo en esta batalla, aun cuando él hubiera sido el máximo combatiente. Me interesa seguir mostrando a través de ejemplos, cómo otros criollos americanos respondieron a la calumnia europea.

Uno de los primeros que se lanzó con indignación contra el dean alicantino fue el prolífico dominico poblano fray Juan de Villasánchez quien mantenía con Eguiara y sus amigos de Puebla, como Andrés de Arze y Miranda, estrecha colaboración. Este religioso cholulteca a más de ser autor de numerosos panegíricos, escritos hagiográficos y fecundo orador sagrado, fue también autor de una obra histórica que enriquece la historiografía poblana, aportándole rica información social y económica sobre el desarrollo histórico de la provincia poblana. Su libro *Puebla sagrada y profana*, tipifica el interés que los historiadores mexicanos del siglo XVIII tuvieron por los fenómenos socioeconómicos.

Aparte de esos escritos, le debemos la publicación y continuación de una obra de otro dominico poblano, fray Antonio López Cordero, la *Vida de la esclarecida Virgen Dulcísima Esposa de N. Señor Jesu Christo, Santa Inés de Monte Policiano*, editada en Puebla en la imprenta de la viuda de Miguel Ortega y

Bonilla en 1744. Los últimos capítulos de esa obra fueron escritos por el P. Villasánchez y entre ellos sobresale el capítulo XVII, en el cual al resumir la labor cultural de numerosos poblanos, indica que ha sido menospreciada e ignorada por los publicistas europeos, quienes afirman que "Las Indias son la Beocia del mundo que engendra troncos por hombres". Ello le da pie para refutar vehementemente a don Manuel Martí, cuyas epístolas lastimaban su sensibilidad criolla. Lo importante de la réplica de Villasánchez, independiente de la del señor Eguiara, es que este sagaz dominico sí conoció la fuente de donde procedía la afirmación de Manuel Martí. Percibió que ella no era original, sino que derivaba de la correspondencia de Nicolás Antonio con Juan Lucas Cortés. Por ello escribe: "Yo sé que lo mismo escribió el doctor D. Nicolás Antonio... en las cartas familiares a D. Juan Lucas Cortés... aconsejándole que no pretendiese plaza ni acomodo en las Indias". Y agrega a continuación: "Son tan semejantes sus palabras a las del Dr. Martí que no necesito copiarlas", y en seguida comenta con fina ironía muy poblana, con la agudeza propia de quien maneja con habilidad la dialéctica eclesiástica, con tono zumbón:

¿Quién daría a estos señores tan especiosas noticias? ¿Quién le diría al Dr. Martí, que en las célebres Universidades de México, de Lima, de Guatemala, se enseña a trasquilarse a los asnos? ¿Quién le haría tan exacta descripción de los genios y de los ingenios de los indios? Unas tablas rasas que no sólo se admiten, sino que despiden, que rechazan la imagen de Minerva como el laurel de Apolo. ¿En qué tablas geográficas hallaría que las Indias son los países cimerios al Sol de la inteligencia? ¿Quién le haría saber que los americanos se muestran tan poco hijos de Adán, que no experimentan la tentación; poco es eso (para que usemos de su gradación retórica), que son incapaces de sentirla; porque aborrecen, abominan, detestan el suavísimo fruto del bello árbol de la ciencia? ¿Quién le diría que a los libros famosos que vuelan (como el de Zacarías), por todo el mundo se les cortan las alas para no llegar a las Indias? Pudiera el doctor Martí compadecido de nuestra grande impericia, haber aconsejado a su ingenioso joven que pasara a este nuevo mundo, para arribando a la región de la ignorancia, poniendo el pie en las playas de Veracruz, comenzara desde allí a clamar: *Stulti aliquando sapite*; que empezara su doctrina por el primer difícil rudimento de hacernos conocer nuestra ignorancia y hacernos (como a Aspaste, criada de Séneca) ver nuestra propia ceguera; pero esto que podía haber hecho el doctor Martí de compasivo, lo omitió de desesperado. No juzgo dócil nuestra capacidad, aun cuando tuviera tal maestro.

Adelante proporciona nombres de diversos ingenios criollos que enaltecen la cultura mexicana.

Esta respuesta de fray Juan de Villasánchez a las imputaciones de Martí, se encuentra, como afirmamos, en un libro impreso en Puebla en 1744, lo cual indica que fue escrita antes de ese año, y prueba que las *Epístolas* de Martí eran ya



conocidas en Puebla por esos años. También nos revela que este dominico conocía las cartas enviadas por Nicolás Antonio a Juan Lucas Cortés, las cuales aparecieron por vez primera en una recopilación póstuma de escritos de Nicolás Antonio: *Censura de historias fabulosas*, que se imprimió en Valencia en 1742. Recordemos que Mayans y Siscar las reimprimió en Francia en 1755. Por ello hay que decir que es evidente que fue en la edición de Valencia de 1742 en donde las leyó Villasánchez. El señor Eguiara no menciona esa obra de Nicolás Antonio, cuyas *Bibliotecas*, ampliadas con un alto sentido moral e intelectual, le sirvieron de modelo en la elaboración de la *Bibliotheca Mexicana*.

Eguiara señala que la edición de las *Epístolas* de Martí que manejó es la de Juan de Estuñiga de 1735, que es la misma que menciona Villasánchez. También señalamos en el *Estudio Preliminar* a la obra de Eguiara que edita nuestra Universidad, en qué momento ese ilustre catedrático se sintió lastimado por las afirmaciones del dean de Alicante y en qué momento empezó a preparar su réplica.

Asentamos también que en la década de los cuarenta, al preparar sus *Selectas Disertaciones Mexicanas*, Eguiara tenía en mente, y más que eso, comenzaba a preparar su *Bibliotheca Mexicana*; que en las *Disertaciones* las páginas preliminares de esta obra teológica son laudanza de la cultura novohispana y prelude de la *Bibliotheca*.

Por todo ello afirmamos que la reacción de Villasánchez fue contemporánea de la de Eguiara y sus amigos de México, y que la indignación de los criollos de América fue general.

Importa mencionar como comprobación de lo asentado un nuevo ejemplo, el que nos proporciona el testimonio de un alto funcionario de la administración virreinal, quien además ostentaba el nobiliario título de marqués. Este personaje, que había sido oidor de la Real Audiencia y Cancillería de México, consultor del Santo Oficio, auditor general de la Guerra y que era juez privativo y superintendente general de Reales Azogues en esta Nueva España, puestos muy significativos por entonces y a quien se debían sensatas opiniones sobre el estado que guardaban las provincias internas, emitió el año de 1745 la censura del *Teatro Americano* escrito por José Antonio de Villaseñor y Sánchez. Ya he señalado en otro trabajo el alto valor que esta obra tiene para el conocimiento de la naturaleza novohispana, de su valor social, económico y político. Por ello he denominado a Villaseñor y Sánchez junto con Eguiara como los “descubridores de la Nueva España”, esto es, los hombres que descubrieron en el siglo XVIII a los mexicanos el valor de su tierra y de sus hombres, los que revelaron a la sociedad criolla la enorme potencialidad material e intelectual de México.

Pues bien, el marqués de Altamira, al escribir la “Censura al *Teatro Americano*” en el año de 1745, después de elogiar la obra de Villaseñor, los méritos que poseía, señala que el sueldo que recibía éste por el puesto de contador de Azogues era insuficiente y recomienda se le mejore económicamente para que pueda seguir realizando su importante labor. El marqués razona que una mejoría económica le sería muy útil y que ello alentaría a “muchos brillantes ingenios de esta Nueva España a semejantes recomendables obras en servicio de ambas Majestades, de la Patria y de todo el público”.

Reconoce Altamira que obras semejantes no sólo sirven al rey y a la Iglesia, sino también a la patria, a Nueva España y a todo el público. La patria aquí era Nueva España, y al servirle al igual que a los monarcas, los intelectuales criollos defendían su proyecto de nación, su identidad con la cultura que elogiaban y los sustentaba, y además a través de sus obras, éstas se convertirían en las más “eficientes declamaciones contra la inconsiderada impostura del orden del dean Alicante D. Manuel Martí en su *Epístola 16* tomo 2”.

Dos cosas importa señalar en esta parte del escrito del marqués de Altamira: la primera es que conocía en 1745 las *Epístolas* de Martí, que le habían molestado. Hacia esta fecha el señor Eguiara había decidido escribir su *Bibliotheca* y reunía el material necesario. No sabemos, aunque es posible, que Altamira haya frecuentado a Eguiara y su grupo, mas sí podemos afirmar que el marqués poseía la suficiente cultura para leer las *Epístolas* y además honda sensibilidad criolla que se sintió lastimada por las groseras afirmaciones del dean. La segunda reflexión es que Altamira estimaba que los criollos deberían ser estimulados por el Estado a fin de que produjesen obras tan importantes como el *Teatro*, las cuales serían las más “eficaces declaraciones” contra las imposturas de los intelectuales europeos.

Tanto en los elogios de numerosos ingenios criollos y aun peninsulares que aparecen en las *Disertaciones teológicas* de

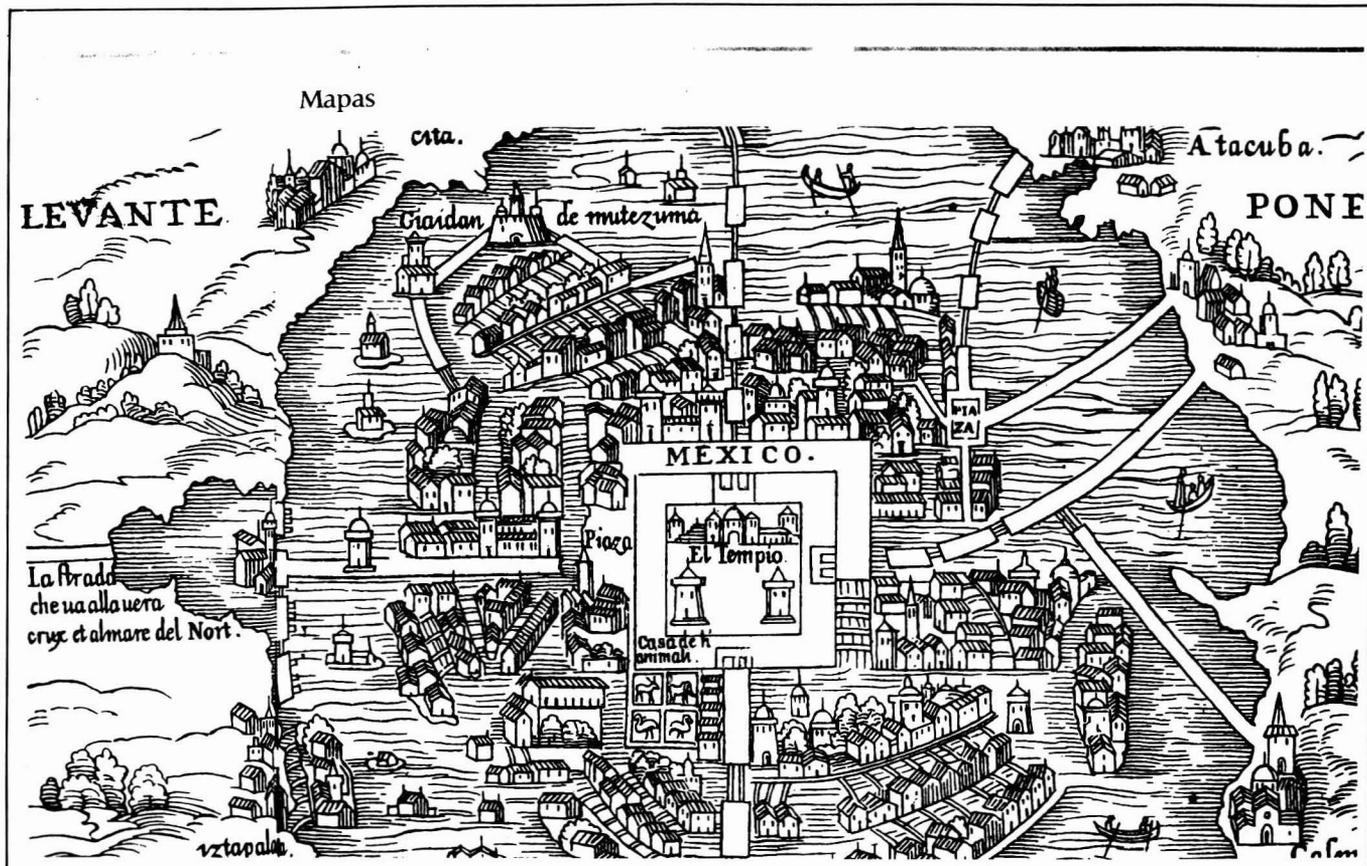
1745, como en el *Diálogo de Abril* y las censuras que tiene la *Bibliotheca Mexicana* impresa en 1755 se encuentra unánime y respetable sentimiento de apoyo a la labor cultural que emprendía el señor Eguiara. No es uno, sino muchos los criollos que impulsaron y apoyaron su labor. Por ello tenemos que reafirmar que los criollos heridos por la calumnia europea, se aprestaron a rebatirla a través de uno de sus miembros más relevantes.

La voz del marqués de Altamira, miembro de la clase dominante y pieza clave en la administración española, revela que la identidad con una cultura mixta, con lo mejor de la indígena y de la española, las cuales justipreciaría Eguiara, era uno de los elementos más valiosos que el grupo criollo tenía en su proyecto de gobierno. No cabe duda alguna que Eguiara imprimió a su obra, la *Bibliotheca Mexicana*, que es su respuesta, una filosofía político-cultural muy precisa, filosofía que animaba a su amplio grupo.

Hemos de añadir otra reflexión en este tema. A finales del siglo XVII y en la primera mitad del siglo XVIII, la sociedad y la cultura criollas de América en general, y en concreto la novohispana, habían alcanzado madurez. Aquí se dio ya el mismo fenómeno dado en otras latitudes, el de mostrar que las culturas nacionales tenían gran solidez, que ellas habían producido frutos intelectuales de gran valor, los cuales mostraban orgullosamente a los demás en densas obras denominadas bibliotecas, teatros etcétera, esto es, catálogos henchidos de nombres de autores y obras intelectuales sobresalientes. Estos repertorios contenían la exposición organizada de largo proceso, el balance de una labor creadora de gran mérito, la demostración de alta capacidad razonadora. Esto es lo que originó la aparición, entre otras, de las bibliotecas de Nicolás Antonio, que deseó fuesen la tarjeta de presentación de la cultura española, y también la de Kennett White, la *Bibliothecae Americanae Primordia*, contemporáneas o casi de la de Eguiara.

Este fenómeno de madurez, de anhelo de mostrar la mayoría de edad, de orgullo de la propia cultura, va acompañado del deseo de expresar esa cultura en las propias lenguas nacionales, y no en la latina que era la lengua culta de la época, la lengua franca de todos los estudiosos en esos años. Barbosa Machado escribe su obra en portugués, por estimar que así sería más aprovechada. Eguiara no lo hizo así. Siguió el ejemplo de Diego de León Pinelo de responder a la diatriba en la misma lengua en que había sido escrita. Lo hace justamente para mostrar que los intelectuales criollos eran capaces de dialogar con los del mundo europeo, en la lengua culta, a su misma altura. El dominio del latín que poseían los humanistas criollos, serviría para mostrar la hondura cultural de los criollos, su dominio en los instrumentos de comunicación intelectual. Es evidente que ese latín no posee la claridad y concisión del clásico, pero sí era el mismo que utilizaban los sabios escritores del Viejo Mundo.

Dijimos arriba que los términos de la afirmación de Martí, por desmesurados –cosa que no es rara en las críticas españolas a todo lo que no se acomoda a sus conceptos– y más que por la desmesura, por las expresiones groseras que emplea, no sólo hirieron a los novohispanos, sino también a los criollos de otras latitudes. En Ecuador, Ignacio Chiriboga y Daza, impor-



tante miembro de esa familia y canónigo de la catedral, en una de sus piezas oratorias pronunciada entre 1740-1745 –no sé la coincidencia de los años– contrarió asimismo los argumentos de Martí, calificándolos de afirmaciones calumniosas. Es posible encontrar muchos ejemplos que muestran la reacción criolla contra la inquina y sentimiento de superioridad de los europeos.

Añadamos otro testimonio que confirma nuestra opinión de que el desdén de Nicolás Antonio y la grosera afirmación de Manuel Martí, provocaron en diversos grupos de criollos gran disgusto. En Nueva España la intelectualidad criolla mantenía estrechos contactos. Maestros de la Universidad como Eguiara y Eguren estaban muy bien relacionados con los maestros de los colegios de la Compañía y los del Oratorio, con médicos y funcionarios de alto nivel, clérigos, etcétera, todos ellos unidos por lazos políticos e ideológicos que habían permitido la elaboración de un proyecto político muy atractivo. Vinculados por un sentimiento de identidad cultural y de origen, se sentían orgullosos de él y, por ello, les herían los ataques de los extraños. Es por esto que voces y actitudes como la de Cayetano Cabrera y Quintero, que se trasluce en su magna obra *Escudos de México*; la del Dr. José de Mercado, quien escribió el *Parecer* de esta obra; la *Oración Apologética* del doctor Juan Gregorio de Campos y Martínez, publicada en 1746 y la *Aprobación* del oratoriano Julián Gutiérrez Dávila a las *Selectas Disertaciones* de Eguiara, constituyen parte del clamor general de los criollos novohispanos en contra de las afirmaciones de los españoles, ignorantes del valor de la cultura en estas tierras.

Este último testimonio es del fraile mercedario fray Antonio

Bermúdez, quien radicaba en el centro del país, en Lagos, hombre de recia formación humanista y quien mantenía correspondencia epistolar en latín con otros criollos humanistas de Valladolid de Michoacán, Guadalajara, León, México y otras poblaciones. Bermúdez poseía extraordinaria formación como bien lo mostró Gabriel Méndez Plancarte en su precioso libro *El Humanismo Mexicano* aparecido en 1970. Pues bien, este religioso, quien gustaba saborear los escritos de Manuel Martí comentándolos con sus amigos, al encontrar la epístola denigrativa y comentarla con otro religioso allá por 1745, estalló de indignación y se propuso replicar. Así escribió al señor Eguiara cuál fue su reacción inicial y cuál la prudente decisión que tomó. Veámoslas: “Inmediatamente –afirma– al escuchar tal noticia, hice resobar el clarín bélico apercibiéndome a la lucha. Cosquilleábanme, me lo puedes creer, los dedos que se utilizan para escribir. No respiraba sino puras sátiras. De mi pecho brotaban poemas, y no inermes, sino bien erizados de dientes. Y mientras estuve inflamado por ese ardor, no pensaba más que en cosas de ese género, como si preparara una guerra por tierra y por mar que tuviéramos que emprender por la libertad de la Patria. Pero después cuando se empezó a enfriar mi pasión, y volví en mi mismo, retornando a mis cables, me dije: ¿Para qué tales extremos? ¿Por qué dejarme arrastrar torpemente, a rienda suelta, a un tan amargo furor, por el amor de la Patria, por más dulce que éste sea? ¿Acaso para vengarnos de una calumnia inmerecida incurriré en la inmerecida nota de inmodestia y procacidad, que desdice en todo varón cristiano aunque haya sido injustamente ofendido? ¿De qué servirá responder golpe por golpe e injuria por injuria? ¿Qué fruto sacaré de ahí, si trocando mi estilo en puñal no

sólo punzo sino atravieso con él a nuestro adversario?...”

Y continúa: “Debemos pues emprender otro camino. Esto es, no debemos alterarnos demasiado por tales injurias. Y no dudaré —por lo que a mí toca— de someter a nuestro adversario esta causa, para que sea él mismo quien juzgue y vea quiénes en realidad son más sabios, si aquellos que tales injurias lanzan contra los que no las han merecido, o quienes las escuchan con paciencia y sin perder la serenidad. Y me decía: muy rectamente, pues, nuestro Eguiara prepara su *Bibliotheca* —suya y de todos nosotros—, buscando de todas partes y reuniendo los monumentos que a ella se refieren; pensando que con tal obra, se defenderá mejor nuestro honor y buena fama, que si el alicantino, forzado por nuestras apologías mil veces repetida, retractara su error.”

Importa subrayar de este comentario del mercedario algunos puntos: el primero, que reaccionó vivamente ante la injuria de Manuel Martí y se aprestaba a replicarle; segundo, que conoció a través de otro fraile culto, Manuel Bocanegra, que igual reacción habían experimentado otros criollos, entre ellos Eguiara y Eguren, lo cual le llevó a preparar su *Bibliotheca*, intento que habiendo conocido Bermúdez le llevó a auspiciarlo por amplio, generoso y correcto; y tercero, que este mercedario llama a México su Patria y siente que ha sido ofendida y por tanto se aprestó a su defensa. Iguales consideraciones debieron pesar en otros criollos ilustrados, identificados en su origen, raíces y cultura, para salir en defensa de la patria y elogiar su cultura.

Ecós de la réplica

Afirmamos que Eguiara, como otros criollos del siglo XVIII, proseguía la obra iniciada por Sigüenza y Góngora de revalorar, de justipreciar la cultura de los pueblos precolombinos. Varios de los prólogos de la *Bibliotheca* están consagrados a ello y esa valoración está hecha, y no podía ser de otra manera, de acuerdo a los elementos históricos que se tenían hasta el momento. Y aun cuando no eran muchos, lo que importa es que con los que se contaba se hacen reflexiones profundas sobre los valores culturales indígenas. De haber contado con mayores elementos, la valoración hubiera sido más amplia y profunda. Eguiara era filósofo y teólogo, pero fue buen lector de las fuentes históricas asequibles hasta sus días, y su utilización inteligente otorga gran mérito a sus juicios. Por otra parte la calumnia de Martí no estaba dirigida sólo a la cultura indígena, sino a toda la novohispana. Su concepción de la incultura en estas tierras afectaba mucho más a la obra cultural española en América, la cual se empeñó a través de diversos caminos y métodos por trasladar lo mejor de la cultura europea. Si España se había rezagado en el desarrollo cultural europeo, eso no significa que no hubiese trasladado a América a partir del siglo XVI, los vientos más modernos de la cultura, las ideas y formas más ricas del Renacimiento. Si a mitad del camino se detuvo e inició su decadencia, el impulso cultural que dio a sus colonias en los primeros tiempos permitió a éstas caminar, formar su propio proyecto cultural, identificarse con los elementos recibidos y con ellos tratar de desarrollarse.

Francisco Javier Clavijero, quien desde el destierro escribe

la obra más saliente sobre la historia mexicana, se concreta a la historia indígena. Él, que había aprovechado los testimonios sobre la cultura precolombina recogidos por Sigüenza y Góngora, a los cuales le había encaminado otro jesuita eminente, Rafael Campoy, va a valorar con algunos testimonios más de los que utilizó Eguiara la historia precortesiana. Su obra está esencialmente consagrada a ese periodo. No se ocupa de la historia colonial, como sí lo hace Eguiara. ¿Podría pensarse que Clavijero, víctima de la arbitrariedad borbónica, se inclina a estimar como raíz más auténtica de nuestra cultura a la india y no a la colonial, cuyos representantes se comportaban tan desdeñosos con sus vasallos de allende el océano a quienes no dejaban la facultad de razonar ni discutir, conminándolos tan sólo a obedecer y callar? El bárbaro decreto expedido por uno de los más perfectos representantes del despotismo borbónico, el marqués de Croix, debió pesar en la consideración de los jesuitas expulsos a inclinarse o preferir, como justa reacción, una de las raíces de nuestra nacionalidad.

Por otra parte, obsérvese que si Eguiara ofrecía su obra al católico monarca que fue Fernando VI, y a la Universidad la dedicaba como *Alma Parens*, Clavijero la consagra a la Universidad como institución generadora de pensamiento, como foco de ilustración. Es muy claro que en un periodo de cincuenta años transcurridos de la aparición de la *Bibliotheca* a la de la *Historia Antigua de México*, hubieran cambiado las circunstancias. El proyecto nacional tan completo que tiene la generación de criollos de la primera mitad del siglo XVIII, es un proyecto que maduró a través de dos centurias. Era un proyecto que cristalizaba pacíficamente, racional, y plenamente justificado. Los criollos percibieron que existían los elementos que configuran una nación, pueblo, territorio y valores comunes. Estos elementos que son los que de acuerdo con el derecho público se requieren para que se consolide una nación, estaban plenamente integrados, lo cual debería permitir la constitución de un Estado independiente. Si la metrópoli los desdeñaba, ellos, al mostrar su plena madurez, demostraban no sólo tener alta calidad espiritual, moral e intelectual, sino también la capacidad racional para labrarse independientemente su destino. Hay que aclarar que no encontramos en esta época testimonio alguno disidente, pero sí la afirmación de que esa comunidad criolla podía regirse por sí misma. Cincuenta años más tarde los criollos tendrán un proyecto nacional más avanzado. La experiencia política sufrida, de la que fueron víctimas desde Francisco Javier Gamboa hasta los jesuitas, ya indica a los criollos que su independencia política no les sería otorgada graciosamente, sino que habrían de conquistarla. Las argumentaciones emitidas por criollos mexicanos y un peruano totalmente afín a ellos, esto es por Primo de Verdad, Francisco Azcárate, y Melchor de Talamantes se dan en ese contexto. Esas argumentaciones estarán impregnadas de una gran fuerza política, la cual apoyada por una excepcional coyuntura histórica, encauzará esos sentimientos e ideas hacia la emancipación.

Este importantísimo proceso tendrá ciertamente por base la defensa de una cultura, de una identidad nacional, que se perfila muy claramente en las diversas generaciones criollas del siglo XVIII. ◇